algar

Colección Calcetín

Pastel de moras

Javier Fonseca

Dibujos de Jaume Gubianas

1

El mejor día de la semana

Lucía y Raquel son hermanas. Si solo las miras, puedes pensar que son hermanas gemelas. Los mismos ojos, casi igual de altas y delgadas, pelo largo y liso, una sonrisa muy parecida...

Eso es si solo las miras. Porque si hablas con ellas, Lucía te contará todas las cosas por las que son diferentes. Te dirá que ella tiene casi ocho años y Raquel seis. Lo que pasa es que su her-

mana es la segunda más alta de su clase. Además, añadirá, mientras que a ella le gusta pintar e inventarse historias, Raquel prefiere bailar y hacer piruetas.

Pero hay algo en lo que están totalmente de acuerdo: en que el sábado es el mejor día de la semana. No hay colegio, pueden ver la tele y papá hace tortitas para desayunar.

Y a veces, cuando toca hacer la mochila e ir a dormir con los abuelos, ocurre que se convierte en el día megamaximejor de la semana.

–¡Nos vamos a Cilledo, nos vamos a Cilledo! –cantan las niñas.

Cilledo es el pueblo donde viven los abuelos y Félix, su perro perdiguero. Un pueblo con gallinas, campo, plaza y, en la iglesia, una campana que los despierta con su «¡dang, dang, dang!». Solo calla por la noche y un rato durante la siesta.

Uno de esos sábados, encontraron a la abuela Hortensia sentada en el zaguán, con las gafas en el borde de la nariz. Tan concentrada estaba que ni siquiera los ladridos de Félix al llegar el coche la hicieron levantarse. Solo cuando Raquel y Lucía entraron y lanzaron sus mochilas sobre la mesa antes de abrazarla, la abuela alzó la vista del cuaderno de pastas de tela que estaba leyendo.

–Ah, hola, ya habéis llegado –dijo sin mucho interés. Y volvió a su lectura.

Lucía y Raquel se miraron. ¿Estaría enfadada? ¿Habría descubierto que de los caramelos que compró la última vez que estuvieron allí quedaban apenas una docena? Mamá y papá aún estaban junto al coche, con el abuelo, que sonreía señalando hacia ellas. Las niñas no pestañeaban.

–Pero ¿qué os pasa? –preguntó la abuela sin dejar de leer–. Parece que se os hubiera comido la lengua el gato.

Aquello era muy raro. ¿Dónde estaba el «Pero ¡míralas qué grandes!» de todos los días? ¿Y los besos que dejaban las mejillas coloradas y calientes?

–Yaya, ¿qué lees? –dijo, por fin, Raquel mirando al suelo.

–El cuaderno de recetas de la bisabuela Isaura. Estaba buscando la del pastel de moras, para hacerlo este fin de semana, y me he encontrado con una sorpresa.

–¿Qué sorpresa? –se interesó Lucía.

El abuelo, mamá y papá se habían acercado y observaban la escena. La abuela, sin dejar de mirar su cuaderno y con media sonrisa en la boca, dijo:

–Pues me he encontrado con unos versos que me han recordado que es posible que este fin de semana venga Perico.

–¿Perico? –preguntaron las dos a la vez.

La abuela entonces puso cara de asombro, aunque no pudo borrar del todo la sonrisa de sus ojos.

–Sí, Perico, el gato que voló a la... ¿No conocéis su historia?

–Seguro que sí, Hortensia –intervino el abuelo–. Lo que pasa es que no se acuerdan. Escuchad:

Había una vez un gato
que quiso buscar fortuna,
se hizo unas alas de plumas
y se marchó hasta la Luna...

Ahora el asombro se había pasado a la cara de las dos hermanas, que miraban a sus abuelos con las bocas abiertas y los ojos redondos como las ventanas de un barco.

–Espera, Víctor –interrumpió la abuela–.

Vamos a despedirnos de los papás y después seguimos con la historia de Perico.

Un beso veloz, un abrazo a la carrera y, con los ladridos de Félix despidiendo al coche, Lucía y Raquel ya estaban sentadas en el suelo, con las orejas dispuestas a seguir escuchando.